

La crisis de representación de la sociedad peruana y la importancia en el análisis del “plano individual”. Una revisión crítica de alguna literatura de la primera mitad de los noventa

*Martín Tanaka*¹

SIN LUGAR A DUDAS, el fenómeno político más impactante en el Perú de la década de los años noventa es el práctico colapso de su sistema de representaciones, el quiebre de los vínculos institucionales entre sociedad y política, que afecta tanto a sus expresiones sociales (gremiales y organizativas en general) como a su sistema de partidos. En efecto, desde fines de los ochenta y claramente en esta década asistimos, de un lado, a la crisis y aislamiento de las organizaciones supuestamente representativas de los principales segmentos sociales, especialmente en el nivel popular, que representaron un papel muy importante durante el periodo de transición a la democracia, así como a la notable expansión de sectores sociales débilmente articulados y escasamente representados en los ámbitos público y político, comprendidos dentro de la gruesa categorización de la “informalidad urbana”. De otro lado, asistimos al dramático fin del sistema de partidos originado a fines de los años setenta, con la drástica reducción del respaldo electoral a las opciones que lo conformaban (que cubrían prácticamente todo el abanico ideológico), el descrédito de la ac-

¹ Agradecemos los comentarios de Osmar González y Walter Twanama a este texto de nuestra responsabilidad, así como al estímulo del profesor Francisco Zapata, sin el cual este texto no habría sido escrito.

tividad política en general, y la proliferación de diversos liderazgos “independientes” que ganan la adhesión del electorado.

Estos y otros fenómenos han generado una serie de preguntas en las ciencias sociales peruanas que han dado lugar a una producción muy interesante; de ella, nosotros quisiéramos ocuparnos de la que aborda más propiamente el asunto de la crisis de representación de la sociedad en la política. En este texto esbozamos algunas ideas que a nuestro juicio ayudan a entender este problema, poniendo énfasis en la necesidad de atender la dimensión *individual*, que está en su base, tanto en lo que respecta a la *subjetividad* como a la *racionalidad* de los individuos y de los sujetos sociales, en contraposición a perspectivas de análisis que “deducen” esta dimensión de otras arenas supuestamente más decisivas. En función de este planteamiento damos cuenta de algunas contribuciones que consideramos importantes, producidas en Perú en los últimos años. Esperamos que este texto sea útil no sólo para los interesados en la problemática política peruana, sino en la latinoamericana en general, en tanto este caso particular presenta de manera especialmente cruda problemas presentes en muchos otros.

Los ochenta: la lógica de los sujetos políticos como “derivación” o como expresión “orgánica” de otras instancias y algunas paradojas de los noventa

Como en el conjunto de la región, las ciencias sociales peruanas en los ochenta, en lo que respecta al análisis político, tuvieron como una de sus preocupaciones principales el estudio del proceso de democratización. Este tema formó parte del giro regional que Lechner analizó como el cambio de un paradigma “revolucionario” a uno “democrático”. En el caso peruano, dicho tránsito implicó la aparente cancelación de las principales preocupaciones propias del paradigma anterior, aunque algunas de ellas continuaron por medio del mantenimiento implícito de algunos de sus supuestos, admitidos sin una crítica suficiente dentro de la nueva perspectiva de análisis.

Algunas de estas continuidades son, una, la que asume que los distintos sujetos políticos constituyen una suerte de “expresión orgánica” de otras fuerzas y procesos sociales, y otra, la preocupación por los sujetos y protagonistas del cambio social: los sectores populares. Se trata, por así decirlo, de una manera de continuar el análisis de clase por otros medios. En esta línea de reflexión, la política aparece como “derivada” de otras arenas supuestamente más sustanciales (la economía y la sociedad); por ello la democracia, el gran tema de estudio de los ochenta,

aparece estrechamente relacionada con los procesos de democratización social y con lo que se consideraba su expresión organizada, los movimientos sociales populares. Además, la democracia no fue analizada (ni valorada) propiamente como ordenamiento institucional (quizá sólo a partir de fechas muy recientes), sino sólo como paso necesario en la perspectiva de su “radicalización”, aunque no hubiera claridad sobre las implicaciones de este proceso.²

Otro importante elemento de continuidad está en el hecho de la combinación de elementos analíticos con valorativos. Así, las lecturas de la democracia y los movimientos sociales combinaron la descripción de “fenómenos reales” con apuestas políticas “democratizadoras”. Dicha mezcla de planos, creemos nosotros, no tiene nada de malo de por sí, si es que se guardan distancias críticas, cosa no siempre fácil. Es pertinente aquí la acotación de Rochabrún, quien señala que las ciencias sociales peruanas no tenían, ni tienen, un campo reflexivo propio, autónomo, y sí por el contrario, una gran dependencia del plano de la política;³ en parte por esto es que, además, en Perú no es distinguible propiamente el análisis sociológico del politológico.

Sobre algunas de estas cuestiones es particularmente revelador el muy interesante libro de Nicolás Lynch,⁴ quien analiza los movimientos sociales populares en el Perú de la segunda mitad de los setenta, en el contexto de la transición a la democracia. Para Lynch (capítulo 1), una de las particularidades de la transición peruana es la importante influencia del

² Sobre el punto ver Parodi, Jorge, “Entre la utopía y la tradición: izquierda y democracia en los municipios de los pobladores” en Jorge Parodi (ed.), *Los pobres, la ciudad y la política*, Lima, Centro de Estudios de Democracia y Sociedad, 1993; también Calderón, Julio, y Rocío Valdeavellano, *Izquierda y democracia. Entre la utopía y la realidad. Tres municipios en Lima*, Lima, Instituto de Desarrollo Urbano/CENCA, 1991. En ambos textos, desde perspectivas distintas, pueden verse en la práctica algunos de los dilemas “teóricos” y valorativos de la conceptualización de la democracia, expresados en las dificultades de la gestión de la izquierda en gobiernos locales, ya que muchos analistas acompañaron de cerca estas experiencias. Una formulación reciente e interesante de las implicaciones de una “democracia radical”, que avanza y perfila sus contornos institucionales, y que además parte de la defensa del orden constitucional violentado por Fujimori, puede verse en Pease, Henry, *Los años de la langosta. La escena política del fujimorismo*, Lima, La Voz, 1994, capítulo 5: “Democracia radical, camino alternativo”.

³ Sobre este punto y otros de los que estamos discutiendo en esta sección ver Rochabrún, Guillermo “La política de la sociología. Para una apreciación del caso peruano” en *Socialidad e individualidad. Materiales para una sociología*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1993. Algunas ideas presentes aquí, de nuestra responsabilidad, tienen su punto de partida en otras de este autor.

⁴ Lynch, Nicolás, *La transición conservadora. Movimiento social y democracia en el Perú, 1975-1978*, Lima, El Zorro de Abajo, 1992.

movimiento social (de base) (p. 26), si se considera que estos sujetos populares serían resultado de procesos de democratización social y expansión de un ciudadanía “sustantiva” (no sólo política) que se expresaría por medio de un carácter colectivo y de clase (p. 33).

Para Lynch, los procesos de democratización y de expansión de la ciudadanía dan lugar a organizaciones y movimientos sociales que aparecen como su “expresión orgánica”; es decir, se ubica en una línea de lectura que podríamos llamar *colectivista*. Así, la lógica política de los actores populares, y su capacidad transformadora, son vistas como expresivas o como “derivadas” de instancias más “decisivas”; en este caso, sociales. Por estas razones, es coherente que Lynch inscriba gruesamente su trabajo dentro de un paradigma de análisis “tourainiano” de los movimientos sociales, y que valore así el desarrollo de nuevos espacios sociales (una “densidad social plebeya” —p. 39— de índole anti-oligárquica) e identidades de clase (p. 42).

Las esperanzas puestas en esta fuerza social y su aporte democratizador no llegaron a buen término, como lo muestra la historia peruana en los ochenta. Lynch atiende algunos de sus límites: su dependencia de la acción del Estado, su escasa capacidad de articulación y proyección política..., lo que por fin provoca que los movimientos sociales no definan la transición a la democracia en Perú, lo que a la postre dará a ésta su carácter “conservador”. En perspectiva, podríamos decir que la actual crisis de representación política de la sociedad peruana tendría sus orígenes en esta exclusión/subordinación de los movimientos sociales.

Ahora bien, nosotros creemos encontrar algunas *tensiones* en el libro de Lynch que nos parecen muy significativas y que podríamos agrupar en torno a lo que caracterizaríamos como la relativa inadecuación entre su marco teórico y sus hallazgos empíricos. En la tercera parte del libro, Lynch analiza tres “movimientos sociales” que expresan el “clasismo paradigmático” de los “nuevos obreros” y del movimiento regional en Perú; encuentra evidencias tanto de su capacidad de construcción de nuevas identidades (siendo el clasismo un elemento fundamental) como de su precariedad, de su dificultad para proyectarse más allá de sus ámbitos inmediatos; evidencias de su autonomía y de su dependencia y subordinación frente a los partidos de izquierda y al reformismo estatal; evidencias tanto de una consistente acción colectiva como de agudas divergencias entre dirigentes y bases (donde éstos tienen una adscripción meramente instrumental); evidencias de su capacidad renovadora en términos del desarrollo de valores democráticos y de reproducción de pautas autoritarias.

Tenemos la impresión de que Lynch no logra analizar más ricamente estas tensiones por comprometerse casi de antemano, tanto con un mode-

lo teórico como con una apuesta política que asume la expresión colectiva, organizada, del movimiento social, así como con su capacidad transformadora. En este sentido llama la atención la manera relativamente rápida con que desecha la capacidad explicativa del modelo de “opción racional” (presentado como alternativo al tourainiano), mucho más complejo de lo que sugiere su caracterización. Creemos que algunas tensiones reseñadas podrían pensarse provechosamente con base en categorías y conceptos desde esta vertiente de análisis (el enfoque de la *movilización de recursos*, y elementos como la configuración de la estructura de oportunidad política, el papel de los “empresarios políticos”, la *discontinuidad* entre movimiento social y sus organizaciones, así como entre sus líderes y miembros de base, etc.),⁵ pero para ello habría que romper el supuesto de que las organizaciones sociales son una “expresión orgánica” de procesos sociales y abrir espacio en el análisis a la dimensión individual y su compleja racionalidad, en el marco del análisis de las formas de acción colectiva.

Desde una perspectiva que dé cabida a este plano individual y con base en las mismas evidencias recogidas por Lynch, los movimientos sociales de los años setenta en Perú no aparecen tan sólidos como se creía; así, también, deja de ser tan sorprendente la actual crisis de representación de la sociedad en la política. Justamente, en el análisis de estos fenómenos más recientes aparecen también en otros textos algunas de las tensiones reseñadas a propósito del sugerente libro de Lynch.

Gran parte de los estudios peruanos se centraron en el análisis de la democracia, durante casi toda la década de los ochenta, y en la importancia del proceso de democratización social y su carácter colectivo, que permitía tender puentes entre sociedad y política; el panorama de los noventa, en cambio, es el predominio de cursos de acción individuales, fragmentación y aguda separación entre sociedad y política. ¿Cómo se compatibilizan ambas cosas? Trabajos sugerentes, como los de Rolando Ames o Henry Pease,⁶ más referidos a la situación actual, nos ayudan a

⁵ Defendemos la utilidad de esta perspectiva de análisis en Tanaka, Martín, “Individualismo metodológico, elección racional, movilización de recursos y movimientos sociales: elementos para el análisis”. Aparecerá publicado en el próximo número de la revista *Debates en Sociología*, revista de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995. Una versión modificada de ésta se publicó en la revista *Estudios Sociológicos*, de El Colegio de México, núm. 36, septiembre-diciembre de 1994. En general, muchas de las ideas aquí planteadas tienen su punto de origen en dicho texto.

⁶ Ames, Rolando, “La realidad nacional desde el límite: riesgos y horizontes” en Abugattás, Juan, Rolando Ames y Sinesio López, *Desde el límite. Perú, reflexiones en el umbral de una nueva época*, Lima, Instituto Democracia y Socialismo, 1992. Ver también

abordar esta cuestión. En ambos casos, el recurso analítico fundamental recae en la no continuidad del proceso de democratización social.

Ames habla para los noventa de un “proceso de democratización erosionado”, en el cual estamos ante la continuidad de una capacidad de “protagonismo popular en la política nacional”, pero gravemente afectada por elementos como el crecimiento de la pobreza, los efectos de las políticas de ajuste, etcétera. Sin embargo, pese a las dificultades, “los elementos positivos de la democratización resisten” (pp. 247-249). Por su lado, Pease habla de un importante “movimiento popular” en los años setenta, decisivo en la coyuntura de la transición a la democracia, progresivamente debilitado en los ochenta por una “modernización trunca”, por la “descomposición social” y por “la lógica de la fragmentación”, elementos que se ubicarían en la base de la actual crisis de la política y del gobierno (la dictadura) de Fujimori (capítulo 2); es decir, la destrucción del tejido social, la no continuidad del proceso democratizador, da lugar al desarrollo de un liderazgo autoritario. No obstante, pese a todo ello, hay elementos que permiten sustentar una “nueva utopía socialista [que] parte de la radicalización de la democracia y de la reconstrucción de nuestra nacionalidad”, fundados en “la apuesta solidaria y comunitaria que transpira cada experiencia organizativa de los peruanos” (p. 55).

Frente a estos planteamientos aparecen muchas preguntas sin respuestas claras: ¿Cómo se relacionan y coexisten los elementos democráticos, colectivistas, y los autoritarios y disgregadores? ¿Con qué lógica? Ambos autores indican pistas sugerentes para explorar, pero no ofrecen explicaciones. Lo democrático/colectivo y lo autoritario/disgregador aparecen como “tendencias”, en abstracto, sin correlatos concretos en sujetos o prácticas definidas.⁷ Creemos que una salida posible a este *impasse*

Pease, Henry, *op. cit.* El primero, es un ensayo que intenta ver en perspectiva (a la luz de los procesos de las últimas décadas) los problemas políticos actuales. El segundo, es un libro centrado en analizar la escena política en el gobierno de Fujimori desde una explícita posición de izquierda y de defensa del orden institucional.

⁷ Un texto reciente que subraya la importancia de las “tradiciones autoritarias” para entender el gobierno de Fujimori, particularmente revelador de sus dificultades analíticas, es el de Arias Quincot, César, *La modernización autoritaria. La nueva institucionalidad surgida a partir de 1990*, Lima, Fundación Friedrich Ebert, 1994. El autor enfatiza, en general, el peso de las tradiciones culturales para dar cuenta de la lógica de los actores, pero a lo largo del trabajo tiene que recurrir a explicaciones más concretas, con base en las estructuras de interacción entre los mismos, y procesos políticos más específicos... que poco o nada tienen que ver con las tradiciones. Por ejemplo, caracteriza la cultura democrática con valores como el diálogo, el consenso, el pragmatismo, el realismo..., y en otros momentos señala que los sectores que se adhirieron al autoritarismo lo hicieron por realismo, por privilegiar la eficacia en determinadas coyunturas. El modelo de análisis no soporta la confrontación con la realidad.

podría estar en la atención a la *racionalidad* de los sujetos sociales en relación con los entornos políticos en los que se sitúan. Así podríamos entender los distintos cursos de acción en interacción con los objetivos perseguidos, los recursos disponibles, las oportunidades de éxito, etcétera; dejan de ser contradictorios para aparecer como caminos viables en función de la situación específica. Para ello, nuevamente, tendríamos que movernos desde los procesos hacia las personas.

Ciertamente, estas ideas ameritarían mayor desarrollo que el que hacemos aquí. Podemos añadir algunos elementos adicionales comentando otro problema, vinculado al asunto de la racionalidad, que ha preocupado a algunos científicos sociales: ¿Cómo entender las lógicas de la *legitimidad* de los gobiernos ante la sociedad, y en particular el actual respaldo popular a Fujimori? Acá son particularmente interesantes algunos textos de Sinesio López.⁸

Frente al problema de la legitimidad, notamos que López maneja en lo básico un enfoque en el cual el desgaste de los gobiernos se explica por el agravamiento de las condiciones de vida en el contexto de una sociedad movilizada. Así, los gobiernos de los ochenta se desgastan por su ineficacia en el combate a la inflación y a la recesión (*El dios...*, p. 189). La actual crisis de representación se entendería por una “modernización frustrada y frustrante” (*Desde el limite*, p. 112) que no satisface las expectativas a que da lugar (*op. cit.*, pp. 111-120). Esta frustración provocaría diversas respuestas sociales en función de una serie de elementos que no podemos reseñar aquí (que guardan alguna similitud con el concepto ya mencionado de *estructura de oportunidad política*), ya sea integradoras (“incursiones democratizadoras”) como antisistémicas (“la violencia de los excluidos”).

Como puede colegirse de lo dicho, estamos básicamente ante un planteo inscrito dentro de la teoría de la modernización y de una explicación del conflicto por la “privación relativa”. Llama un poco la atención esta adhesión, sin mayor crítica, a enfoques bastante discutidos. La lógica de los sujetos, otra vez, aparece atada sin mayores mediaciones a procesos económico-sociales. Los problemas de esta manera de ver las cosas aparecen al pretender explicar, con base en el esquema anterior, el actual res-

⁸ Especialmente ver López, Sinesio, “¡Y va a caer!... Los gobernantes del 80. Entre la hiel y la miel” en *El dios mortal. Estado, sociedad y política en el Perú del siglo XX*, Lima, Instituto Democracia y Socialismo, 1991. Este libro compila ensayos políticos del autor que se ubican en una perspectiva de análisis de procesos de largo plazo. Ver también, “Perú: una modernización frustrada (1930-1991)” y “Fujimori y la crisis de la civilización del siglo XX”, ambos en Abugattás *et al.*, *op. cit.*, y de una naturaleza ensayística similar a la de los anteriores.

paldo popular a Fujimori, pese a su carácter autoritario y pese a la aplicación de durísimas políticas de ajuste.

Creemos que, por estas razones, López tiene que recurrir a explicaciones *ad hoc*, fuera del esquema de análisis en el que se mueve, para explicar el “fenómeno” Fujimori. Concretamente, se recurre al concepto marxista del *bonapartismo*. Pese a este salto teórico, se sigue dentro de una forma de considerar a los actores políticos como derivaciones; Fujimori aparece como “expresión orgánica” ya no de clases, sino de *situaciones*.

Fujimori no es hombre orgánico que obedece los impulsos de una determinada clase social sino que es el resultado no buscado de una situación de crisis de la política y de descomposición de la sociedad. Él condensa y expresa con fidelidad estos procesos contradictorios en su propia personalidad. (*Desde el límite...*, p. 225.)

Fujimori aparece en medio de la *crisis*, la *descomposición*, procesos *contradictorios*... La fuerte negatividad con la que se aproxima al fenómeno puede ser efectivamente reflejo de la realidad..., o quizá ser expresivo de dificultades del modelo de análisis.⁹

Nosotros creemos que sería útil considerar el gran plano ausente en los trabajos reseñados, el individual, para aproximarnos a la racionalidad específica de los actores e individuos, liberados del peso de los procesos

⁹ Estas dificultades pueden confirmarse contrastando los textos reseñados con un ensayo de López más reciente: “Perú: una pista de doble vía. La transición entre el autoritarismo y la democratización (1992-1995)” en *Cuestión de Estado*, Lima, Instituto de Diálogo y Propuestas, año 2, núms. 8-9, separata especial, 1994. En ese texto López empieza (Introducción) reflexionando sobre los procesos de democratización con base en el análisis de los procesos de modernización y las configuraciones de clase... y luego, en su primera parte (“Herramientas conceptuales para entender las transiciones democráticas”), se ubica dentro del análisis de las transiciones en el sentido de O’Donnell y Schmitter, quienes enfatizan, contrariamente, las conductas de los actores políticos. De otro lado, en este texto López abandona el diagnóstico de Fujimori como liderazgo bonapartista, para señalar que “El bloque actual en el poder está conformado por lo que en América Latina ha dado en llamarse los poderes tácticos: el empresariado organizado en la CONFIEP, las FFAA y la tecnocracia vinculada al FML...” (p. 14). Nos parece que estos cambios son impuestos por la limitación de los enfoques señalados. Una visión global del proceso político peruano entre los ochenta y los noventa, más compleja, que incorpora más variables de análisis (aunque no queda clara la relevancia relativa de las mismas) puede verse en Cotler, Julio, *Descomposición política y autoritarismo en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1993. En todo caso, en los textos de López, el tema de la legitimidad de Fujimori ante la sociedad, sigue sin tratarse de una manera adecuada; ello exigiría, nuevamente, discutir la racionalidad de los sujetos e individuos viendo no sólo los cálculos de los actores políticos relevantes, sino también los de los miembros de la sociedad.

(aunque ciertamente en relación con éstos), y así hacer inteligibles sus prácticas y percepciones. En lo que respecta a Fujimori y el sentido de su legitimidad, sería interesante ubicarlo en el contexto regional de las políticas de ajuste; esto nos permitiría ver qué tanto su actuación como su respaldo poseen una lógica propia, y que se repite en otros casos nacionales en relación con la similitud de contextos.¹⁰

El rescate del plano individual: un camino por hacer

Hasta el momento hemos insistido en la importancia del plano individual. Toca ahora precisar un poco sus contornos. Decimos “un poco” porque encontramos en la producción peruana de los últimos años que estamos todavía ante un camino por andar. Sin embargo, podemos reseñar brevemente aquí algunos trabajos muy valiosos en ese sentido.

Lo más claro en la dirección que apuntamos es un libro que no tiene que ver (directamente) con el análisis político. Se trata más bien de uno de teoría sociológica: nos referimos al ya citado de Guillermo Rochabrún. Su propósito es fundamentar lo que éste llama un *individualismo sociológico*. De lo que se trataría es de lograr el difícil equilibrio entre el reconocimiento de la autonomía del individuo y su determinación social, o entre el reconocimiento de la autonomía y vínculos intrínsecos entre lo individual y lo social. Para fundamentar su propuesta, Rochabrún discute la relación individuo/sociedad en distintos autores, desde Durkheim y el estructural-funcionalismo, hasta el individualismo metodológico, pasando por Marx, el psicoanálisis y otros.

Nos parece que la propuesta de Rochabrún es útil para pensar los problemas políticos de representación que venimos discutiendo en la medida en que permite ubicar teóricamente la dimensión de análisis en el que, creemos, deberíamos movernos: a medio camino entre los procesos sociales y políticos amplios y la manera en que los individuos y actores se sitúan en ellos, dando cuenta de las lógicas relacionadas, pero autóno-

¹⁰ El punto es muy complejo, imposible de desarrollar aquí; al menos damos algunas referencias de literatura útil para pensar lo que señalamos: ver entre muchos otros. Smith, William, Carlos H. Acuña y Eduardo Gamarra (eds.), *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform. Theoretical and Comparative Perspectives for the 1990s*, North-South Center, University of Miami, 1994; también Haggard, Stephan y Robert R. Kaufman (eds.), *The Politics of Economic Adjustment. International Constraints, Distributive Conflicts, and the State*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1992; Przeworski, Adam, *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

mas, de la política, la sociedad, los actores y los individuos. Como hemos visto, ubicamos el principal flanco débil de los textos reseñados al comienzo en su soslayo de la dimensión individual, en la sobredeterminación, por así decirlo, del plano de las estructuras, de los agregados, de los procesos. El problema es que, si bien Rochabrún delinea las coordenadas de su solución teórica, no avanza más en dar sus contenidos más concretos.

Dentro de esta amplia perspectiva de análisis, que nos parece prometedora en sus posibilidades explicativas, podemos ubicar trabajos de índole bastante diversa producidos en los últimos años, útiles para pensar la crisis de representación política en el Perú actual.

Una vertiente se orienta hacia lo que podríamos llamar, muy genéricamente, el mundo de lo subjetivo. Así, hay trabajos que exploran—cierto que todavía muy inicialmente— la cultura política de los diversos segmentos sociales, intentando ir más allá del simple análisis de las encuestas de opinión, encontrando apoyo en el entramado de relaciones y los procesos globales en los que se ubican las personas.¹¹ Otra vertiente dentro de lo subjetivo tiene que ver con el estudio de las *mentalidades*, campo teórico todavía muy impreciso, pero interesante como posibilidad analítica. Aquí ubicamos el volumen del Taller de Estudio de las Mentalidades Populares (Tempo). La introducción, de Gonzalo Portocarrero, revela los problemas en la delimitación del campo de las mentalidades y de la especificidad de lo popular; donde, además, la propuesta de éste no logra recoger la riqueza de algunos trabajos particulares muy interesantes; donde se combina en el análisis el plano de las mentalidades de los sectores populares con los contextos sociales y políticos, con las relaciones que estructuran las subjetividades.¹²

¹¹ En este sentido ver Parodi, Jorge y Walter Twanama, “Los pobladores, la ciudad y la política: un estudio de actitudes”; Parodi, Jorge y Eduardo Valenzuela, “La política y los pobres de Lima y Santiago: una visión comparativa”, ambos en Parodi, Jorge (ed.), *op. cit.*

¹² Ver al respecto de Tempo (Taller de Estudios de las Mentalidades Populares), *Los nuevos limeños. Sueños, fervores y caminos en el mundo popular*, Lima, SUR-TAFOS, 1993. Con respecto al tema que discutimos son dignos de resaltar los trabajos de Isidro Valentín (“Tsunami Fujimori: una propuesta de interpretación”), María Emilia Yanaylle (“Señora, la admiro: autoridad y sobrevivencia en las organizaciones femeninas en un contexto de crisis”) y de Daniel del Castillo (“Lo masivo en el proceso cultural peruano”). El primer trabajo, analiza la lógica del atractivo electoral de Fujimori cruzando variables políticas y culturales; el segundo rompe la visión de las organizaciones sociales como expresiones “naturalmente” democráticas y colectivas, y el tercero ayuda a pensar lo popular desde lo masivo como espacio de socialización, más allá de las determinaciones de los procesos históricos. En los tres trabajos aparecen el individuo, sus percepciones y sus lógicas como elementos centrales. Cabe resaltar que por momentos estos textos se ubican un poco a

Otra vertiente da cuenta del plano individual situando al individuo dentro de espacios concretos de socialización, que delimitarán sus maneras y posibilidades de expresión y representación política. En esta perspectiva, Romeo Grompone ha abordado la crisis de la política y los partidos en relación con el desarrollo de nuevos patrones de interacción social (redes) de los sectores populares en medio de la crisis, especialmente dentro del mundo de la “informalidad urbana”, llamando la atención sobre la simultánea vitalidad de estas redes vistas a su interior, articulando las relaciones entre los individuos y sus grandes grados de desarticulación y fragmentación entre ellas, lo que atenta contra las posibilidades de agregación y expresión política de los sectores populares.¹³ De otro lado, Carlos Franco analiza la crisis de representación política con base en la relativa autonomización del mundo “institucional” y del mundo de lo que él denomina la “plebe urbana”, donde hallaríamos desencuentros tanto en el nivel de los mecanismos de reproducción como en el de relaciones sociales, espacios de socialización y pautas étnico-culturales en los individuos, lo que daría lugar a tipos de relación entre esta “plebe urbana” y el mundo institucional signados por un extremado pragmatismo.¹⁴

En este texto, a medio camino entre el ensayo y la reseña bibliográfica, hemos intentado, entre otras cosas, dar cuenta de la vitalidad de las ciencias sociales peruanas como respuesta directa o indirecta a los desafíos que plantea una realidad política y social tan conflictiva y difícil. Seguramente habremos sido injustos con algunos textos al evaluarlos no

contracorriente de las ideas expuestas por Portocarrero en su introducción. Tenemos un texto que puede servir de ilustración de lo que pensamos sobre cómo combinar en el análisis de la relación entre sociedad y política (en el caso de los jóvenes) la lógica de los actores, organizaciones e individuos, así como la relación entre subjetividades y procesos globales; ver Tanaka, Martín, “Jóvenes: actores sociales y cambio generacional. De la acción colectiva al protagonismo individual”, que aparecerá en *Perú 1964-1994*, compilado por Julio Cotler, Lima, IEP, 1995.

¹³ Véase Grompone, Romeo, *El velero en el viento. Política y Sociedad en Lima*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1991, especialmente sus capítulos 2 (sobre in fonnales) y 4 (sobre partidos); también “Fujimori: razones y desconciertos”, Degregori, Carlos Iván y Romeo Grompone, *Elecciones 1990. Demonios y redentores en el nuevo Perú. Una tragedia en dos vueltas*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1991.

¹⁴ De Carlos Franco, ver “La plebe urbana, el populismo y la imagen del ‘alumbramiento’”, *Socialismo y Participación*, núm. 52, diciembre de 1990, Lima, CEDEP; “Populismo y modernidad”, conversatorio entre Carlos Franco, Julio Cotler y Guillermo Rochabrún, *Pretextos*, año II, núm. 2, febrero de 1991, Lima, DESCO, y “Exploraciones en ‘otra modernidad’: de la migración a la plebe urbana” en Henríque Urbano (comp.), *Modernidad en los Andes*, Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de Las Casas”, Cuzco, 1991.

tanto en sí mismos sino en relación con una preocupación particular (la crisis de representación) y con una propuesta específica de análisis (que dé cabida al plano individual). Diremos a nuestro favor que tanto esta preocupación como esta propuesta nos parecen fundamentales para entender lo que pasa, para lograr superar algunos de los problemas de las visiones existentes y para encontrar salidas posibles.

México, D.F., febrero de 1995